

## *La vegetación del páramo*

JULIÁN MARÍAS\*

**S**e trata —no hay que decirlo— del famoso “páramo cultural” español de los últimos decenios. La imagen ha sido moneda corriente desde poco después de la guerra civil. Primero circuló fuera de España; se suponía que en ella no quedaban más que “curas y militares”, y ni rastro de vida intelectual, refugiada en la emigración. La propaganda oficial, mientras tanto, afirmaba que se había eliminado —hacia el cementerio, la emigración, la prisión o el silencio— la escoria “demoliberal”, y se había restablecido el esplendor “imperial” de España, ejemplificado en nombres de los que hace mucho tiempo nadie se acuerda, y que no es piadoso recordar.

Hace mucho tiempo que quedaron atrás, desmentidas por los hechos, las dos versiones, si se quiere, las dos caras de la moneda falsa, de curso “legal” cada una de ellas en campos acotados y para propósitos muy definidos. Sin embargo, ahora reverdece la primera, destinada primariamente al consumo de los jóvenes nacidos a la vida histórica hace poco tiempo, un decenio o dos a lo sumo, que tienen más presente la imagen de los últimos años y confunden los tiempos que no han vivido.

¿Cómo es posible que pueda usarse —y prosperar— la imagen del “páramo”? Los jóvenes tienen ante los ojos, sobre todo, las instituciones en las cuales estudian, a las cuales tienen acceso; y se podría hablar, en efecto, de un páramo *institucional* desde que la guerra arrasó las Universidades, el Centro de Estudios Históricos, la Institución libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes y la de Señoritas, y en muy buena medida las Academias. Se les ha dicho además, incansablemente, que

\* Julián Marías. Publicado en El País y La Vanguardia. Reimpreso en La devolución de España (Espasa – Calpe, 1977).

no han tenido maestros —lo cual ha contribuido tanto a que no los tengan aunque los haya, a que renuncien a ellos y no los hagan suyos—. Se ha tratado de inculcar en sus mentes la idea de que solo en los últimos años —a lo sumo desde 1956— ha habido intentos de resistencia a la falta de libertad, de afirmación de las opiniones discrepantes, de ejercicio de la inteligencia. Es decir, hasta que han empezado a hacer algo los interesados en difundir esa imagen. Todo lo anterior —y, en definitiva, todo durante cuarenta años— ha sido el páramo intelectual de España.

La verdad ha sido muy distinta. En *La España real* he escrito: “La libertad empezó a germinar y brotar, como brota la hierba en los tejados y en las juntas de las losas de piedra. Sería apasionante y conmovedor hacer una historia fina y veraz del tímido, vacilante, inseguro renacimiento de la libertad en España”. No puedo hacerlo aquí —lo he hecho, parcialmente, en otros lugares, desde hace un cuarto de siglo, por ejemplo en *El intelectual y su mundo*, 1956, publicado en Buenos Aires, prohibido muchos años en España; en *Los Españoles*; en *El oficio del pensamiento*; en *Innovación y arcaísmo*—; voy a limitarme a recordar algunos hechos, algunos datos, todos ellos anteriores a la muerte de Ortega a fines de 1955, es decir, en el apogeo del supuesto “páramo”.

\* \* \*

La guerra civil —en ambas zonas— significó la ruptura de la continuidad, la casi total extinción de la vida intelectual, el dominio de la propaganda, la persecución de la verdad, el triunfo del partidismo. Sin embargo, en la zona republicana, en Valencia y luego en Barcelona, se publicó la revista mensual *Hora de España*, que mantuvo un decoro intelectual y literario sorprendente en medio de una feroz discordia civil. La noble pluma de Antonio Machado honra todos los números de la revista, y a su sombra colaboramos muchos que no hemos tenido nunca que avergonzarnos ni arrepentirnos de lo que allí escribimos. No sé si en la otra zona hubo algo comparable —no ha llegado a mi noticia—, pero hay que hacer constar que, terminada la guerra, desde 1940 y durante los dos años de dirección de Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo, *Escorial* significó un esfuerzo de reanudación de la convivencia intelectual y de los derechos de su ejercicio. Y, en forma ya más independiente, no se olvide lo que fue *Leonardo* en Barcelona, y desde 1946 *Ínsula* en Madrid (puede repasarse el índice de esta revista que hace unos veinte años compuso Consuelo Berges, y que no puedo ver sin admiración y una nostálgica melancolía).

Tres son los elementos que pueden distinguirse en los años posteriores a la guerra: 1) La exclusión de los disidentes por el Estado y las fuerzas políticas que lo respaldaban, su recuperación por el resto de la sociedad. 2) La reanudación de la continuidad intelectual por parte de los grandes escritores. 3) La aparición de otros nuevos, de las generaciones posteriores a la guerra.

Tan pronto como fue posible, quiero decir desde el término de la Guerra Mundial, que había impuesto un casi absoluto aislamiento, se empezó a hablar de los escritores emigrados. Mientras la censura proscibía sus obras y hasta se tachaba con indeleble tinta negra su nombre al frente de la edición de un clásico, *Ínsula* fue el órgano principal de su difusión y comentario. En el *Diccionario de Literatura Española* de la Revista de Occidente (1949) hablé de Alberti, García Lorca, Salinas, Guillén, Antonio Machado, Azaña, Gómez de la Serna, Casona, José Gaos, y allí aparecían igualmente otros muchos, sin otro criterio que la calidad y la información disponible.

Los grandes autores de la generación del 98, de las dos siguientes, empezaron muy pronto a escribir, y una parte esencial de su obra corresponde a los años que estoy recordando. Menéndez Pidal publica *Los Españoles en la historia* y *Los españoles en la literatura* —tan independientes, tan contracorriente, que tanto rencor oficial provocaron—; *Reliquias de la poesía épica española*, *Romancero hispánico*, *El Imperio Español y los cinco reinos*, innumerables estudios lingüísticos, literarios e históricos. Azorín, *Españoles en París*, *Pensando en España*, los dos prodigiosos libros *Valencia* y *Madrid*, novelas como *El enfermo*, *La isla sin aurora*, *María Fontán*, *Salvadora de Olbena*; cuentos como *Cavilar y contar*, ensayos y memorias como *París*, *Memorias inmemoriales*, *Con permiso de los cervantistas*, *Con Cervantes*, *El cine y el momento*. Baroja, en los mismos años, publica sus memorias, *Desde la última vuelta del camino*, *Canciones del suburbio*, *El cantor vagabundo*... Los títulos de Ortega se suceden: *Historia como sistema*, *Ideas y creencias*, *Teoría de Andalucía*, *Estudios sobre el amor*, los prólogos a Bréhier y Yebes, a Alonso de Contreras y *El collar de la Paloma*, *Papeles sobre Velázquez* y *Goya*... Zubiri publica *Naturaleza*, *Historia*, *Dios*; Morente, *Lecciones preliminares de filosofía* y *Ensayos*; Dámaso Alonso, *La poesía de San Juan de la Cruz*, *Ensayos sobre poesía española*, *Vida y obra de Medrano*, *Poesía española*, y nada menos que los libros de poesía original *Oscura noticia*, *Hijos de la ira* y *Hombre y Dios*. García Gómez, después de las *Qasidas de Andalucía*, *Silla del Moro* y *Nuevas escenas andaluzas*, la traducción de *El Collar de la Paloma*. Vicente Aleixandre, nada menos que *Sombra del Paraíso*; y por si fuera poco *Mundo a solas*, *Poemas paradisiacos*, *Nacimiento último*, *Historia del corazón*. Gerardo Diego, *Alondra de verdad* y otros libros de poesía. Miguel Mihura estrena en colaboración *Ni pobre ni rico sino todo lo contrario* y *El caso de la mujer asesinadita*, y solo *Tres sombreros de copa*, *El caso de la señora estupenda*, *Una mujer cualquiera*, *¡Sublime decisión!*, etc. José López Rubio, *Alberto*, *Celos del aire*, *La venda en los ojos*, *La otra orilla*. Fernando Vela publica *El grano de pimienta*, *Circunstancias*, *Los Estados Unidos entran en la historia*. Marañón da una larga serie de libros admirables: *Ensayos liberales*, *Crítica de la medicina dogmática*, *Luis Vives*, *Españoles fuera de España*, *Antonio Pérez*, *Elogio y nostalgia de Toledo*. ¿Quién ha podido romper la continuidad de la cultura española del siglo XX, más fuerte que el partidismo, la violencia y el espíritu de negación?

\* \* \*

¿Y los nuevos? Quiero decir los escritores apenas conocidos o desconocidos enteramente, que hacen la mayor parte de su obra después de la guerra civil. Aparte de algunos libros promovidos por la guerra misma, poesía o narraciones de Miguel Hernández, Herrera Petere, Rafael Alberti, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo y otros a ambos lados de las trincheras, hasta 1941 no empieza ese nuevo brote de pensamiento, narración o poesía.

Casi toda la obra poética de Gabriel Celaya es de ese periodo: *Tentativas*, *Movimientos elementales*, *Objetos poéticos*, *Las cosas como son*, *Las cartas boca arriba*, *Paz y concierto*, *Vía muerta*, *Cantos iberos*. Casi lo mismo podría decirse de Luis rosales: después de *Abril*, anterior a la guerra, *Retablo sacro del Nacimiento del Señor*, *La casa encendida*, *Rimas*. De Dionisio Ridruejo son *Primer libro de amor*, *Fábula de la doncella y el río*, *Sonetos a la piedra*, *Poesía en armas*, *En la soledad del tiempo*. La obra de Leopoldo Panero, José Luis Hidalgo, Carlos Bousoño, Eugenio de Nora, Blas de Otero, se condensa o al menos se inicia y madura en estos años.

Zunzunegui, anterior a la guerra, publica con fecundidad tras ella: *¡Ay... estos hijos!*, *La quiebra*, *La úlcera*, *Las ratas del barco*, *Esta oscura desbandada*. Pero es Camilo José Cela el que inicia la novela de su generación, a fines de 1942: *La familia de Pascual Duarte*; y luego, *Pabellón de reposo*, *Nuevas*

*andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes, La colmena, Viaje a la Alcarria* y tantas invenciones más. Y tras él Ignacio Agustí con *Mariona Rebull* y *El viudo Ríus*. Carmen Laforet con *Nada*. Gironella con *La marea* y *Los cipreses creen en Dios*. Miguel Delibes con *La sombra del ciprés es alargada, Aún es de día, El camino, Mi idolatrado hijo Sisí, Diario de un cazador*. Todavía en ese plazo empiezan a aparecer cuentos de Ignacio Aldecoa y su novela *El fulgor y la sangre*; y *Congreso en Estocolmo*, del economista y novelista José Luis Sampedro; y Gonzalo Torrente; y el comienzo de la obra teatral de Buero Vallejo, desde *Historia de una escalera* hasta *Irene o el tesoro*.

¿Cómo olvidar la obra ingente de Pedro Laín Entralgo, autor caudaloso y profundo a un tiempo? *Medicina e historia, Menéndez Pelayo, Las generaciones en la historia, La generación del 98, España como problema, La historia clínica, Palabras menores, La espera y la esperanza*, son solo unos cuantos de sus libros de quince años. Y, aunque con obra iniciada unos años antes, Enrique Lafuente Ferrari da en estos mismos lustros obras capitales: *Velázquez, Vázquez Díaz, Zuloaga*, la expansión y maduración de su *Breve historia de la pintura española*, el libro esencial sobre el tema. ¿Y los innumerables libros de Camón, Juan Antonio Gaya Nuño, Sánchez Cantón, Angulo, María Luisa Caturra, María Elena Gómez Moreno? Añádase la obra de Fernando Chueca, desde *Invariantes castizos de la arquitectura española* hasta *Nueva York: forma y sociedad, El semblante de Madrid* o *La arquitectura del siglo XVI*, los estudios de geografía social de Manuel de Terán, los ensayos de patología psicosomática y psicología de Juan Rof Carballo, y tantas obras originales. Los libros de historia de las ideas de Antonio Tovar, Luis Díez del Corral, José A. Maravall, Enrique Gómez Arboleya, Lapesa, Blecua, Díaz-Plaja... Y la aparición un poco tardía de Aranguren.

Y no puedo omitir mi nombre, porque, si no me equivoco, mi *Historia de la Filosofía* (enero de 1941) fue el primer libro nuevo de autor nuevo, que invocaba la tradición filosófica española anterior a la guerra para seguir adelante con otros libros: *La filosofía del P. Gratry, Miguel de Unamuno, El tema del hombre, Introducción a la Filosofía, Filosofía española actual, El método histórico de las generaciones, Biografía de la Filosofía, Ensayos de convivencia, Ensayos de teoría, Idea de la Metafísica, La estructura social...*

Repare el lector en que esto es una fracción de lo que se ha publicado en España después de la guerra civil y hasta 1955. Y que me he fiado de mis recuerdos más vivos, sin disponer de tiempo ni de espacio para tratar adecuadamente el tema. Pero pienso que no son buenos botánicos los que hablan del “páramo” y se les pasa esta frondosa, esperanzadora vegetación, que pudo brotar en el clima más inhóspito, sin abono, sin cultivo, mientras tantos intentaban simplemente descastarla.